

El hombre del Zaguán

(Una osada licencia literaria en pequeño homenaje a D. Quijote)

Trataba de evitar ver su reflejo en el gran espejo del vestíbulo, de modo que no sintierase ridículo, de tal guisa que los primeros días de su celebrada plantada, mantuvo la visera de su celada bajada para que no le reconociera alguno, que asistiera a la función. Ciertamente tenía la gran suerte de ser de complexión recia, seco de carnes y tener un rostro enjuto, junto a una barba rala blanquecina y puntiaguda, que en definitiva, eran las pobres características artísticas que exigían, por lo que le ofrecieron un contrato para un año del que resultaron 14 meses, y no pareció mal el estipendio por hacer de plantón con los herrajes de camuflaje.

Con los días la timidez inicial fue remitiendo y se encontró cada día más cómodo en su papel, no era complejo ni largo, apenas duraba dos horas de plantada, y aunque en un principio le molestaban las fotos de los animados asistentes, acabó acostumbrando a sentirse el centro del gran zaguán del Lope de Vega. Vanagloriabase de las miradas y comentarios que le hacían los espectadores que transitaban camino del acomodo en sus asientos. Le había complacido en demasía que su armadura fuera la misma que lució José Sacristán cuando hicieron la promoción, y que no volvió a usar, dado que en su doble papel en el Hombre de la Mancha, su vestimenta era de sayo, calzas, y cuello escarolado, más aun si añadimos, que al insigne actor le escogieron por su parecido a él, pues también era enjuto de rostro, seco de carnes y rondaba la cincuentena.

Se cambiaba con los figurantes del musical, ello, le hacía importante, pues todos le rendían elogios a su importante papel en la obra. El jefe de ellos, un murciano zumbón, le había prometido un jamelgo que le estorbaba a un picador ya jubilado. Parecióle justo y propio de caballero andante contar con un rucio, para dar más verisimilitud a su papel, aunque aún no contara con escudero que cuidara de él. A

partir de ese día consideró al murciano como un hidalgo de honor pues sabía de caballerías.

Con el tiempo se fue encontrando más gusto en su papel, de modo que pasaba ansioso el día esperando la hora de tomar el 7 que le trasladaba hasta la plaza de Callao, y como siempre, llegar media hora antes de lo acordado con el regidor. Limpiaba su armadura con denuedo antes de enfundarse el pesado disfraz, y cuando se alzaba el telón y su plantada zanjaba, salía por la puerta principal a la calle para entrar por la lateral de los actores, cual pausado paseillo de lucimiento, ante los asombrados transeúntes.

La relación con su familia iba sufriendo algunos cambios que no pasaban desapercibidos ni en sus hijos ni a su esposa. Explayábase en aventuras de caballerías durante el yantar en la mesa del medio día, y su trato se manifestaba más afable y gentil que antes del trabajo de plantón. Los consejos a sus vástagos estaban llenos de lirismo que contrastaban con su acento bronco de antaño. *Joven doncella la virtud has de guardar, con mesura actuar, pues el linaje ha de continuar*, refiérale a su ya casadera primogénita. *Tu zagal adolescente no lo hagas de repente, debes calmar tu mente y actuar honestamente*, al inquieto muchacho de catorce años Alentaba a todos ellos a: *creer en un sueño imposible, saber enmendar el error, con fe una estrella alcanzar, y sufrir, con afán que no importa el esfuerzo...* Su esposa recobraba su lozana alegría al sentirse halagada, con los requiebros que recibía: *cada vez que cante, cada vez que bese, sé que cerca os hallabais de mí, vuestro rostro soñé y aunque no os haya visto, la imagen de vos presentí;* transcripción aproximada de los versos que tras los bastidores escuchaba al Hombre de la Mancha dedicar a su Dulcinea, de la que su doméstica dama, no tenía nada que envidiar en cuanto a fermosura.

No todo estaba tan ajustado puesto que su amada esposa se espantaba si en medio de la noche, al despertarse, veía arrodillado al lado de la cama a su caballero con la mirada extraviada velando su sueño, así mismo, había que corregir la lloriquera de la más pequeña, pues jamás supo nuestro hidalgo a qué clase de espécimen pertenecía, y a la que miraba de manera altiva e hierática, a lo que la pequeña respondía con una huida llorosa y despavorida.

El martes fue un día aciago para nuestro hombre, los acontecimientos pusieron su cordura al límite, no sabemos con exactitud si los motivos de su desvarío fueron el exceso de flashes que tuvo que soportar, o que el 7 de la EMT ese día llegara con retraso, lo que le irritó en demasía, pues no pudo brillantar la armadura para su plantada diaria. Aconteció que nuestro hombre cambió el destino de su paseillo rutinario, y dirigiéndose a un autobús lleno de turistas, que arrancaba presto, con lanza en ristre, arremetió y embistió a toda prisa contra el buje trasero, con tan mala fortuna que la lanza quedó atrapada y arrastrada por el vehículo; tras la lanza iba nuestro hidalgo del plantón dado que no soltaba la pieza y he aquí que recorrieron autobús, lanza, y caballero, el trecho que va hasta la plaza de España deslizándose en bajada, por el adoquinado sobre su adarga a modo de skiboard. Los turistas, con sus fotos, se complacieron por el sorpresivo y gratuito espectáculo que las agencias de viaje les ofrecían.

Ni en la ambulancia ni durante su trayecto, ni siquiera en las primeras horas de su ingreso en urgencias, permitió que le descuajaran la celada, su mujer más persuasiva y con acertadas frases, consiguió arrebatársela susurrándole que era un deseo de su señora Dulcinea. Y al pasar las horas y sabiéndolo ya fuera de peligro acordaron la presencia de un especialista de la cabeza, que no fuera un peluquero, si no un ilustrado al que llamaban psiquiatra, y al que tuvo que responder a no pocas preguntas. Dijeronle padecer el síndrome del continente y contenido y ante la

ignorancia de los presentes, una gentil enfermera, a la que nuestro hombre del vestíbulo llamaba Maritornes, explicó que se trataba de una locura pasajera por culpa del disfraz, a lo que el fontanero amarillento que se reponía en la cama contigua replicó: que no debía ser desta manera, pues hasta aquí el hábito no hace al monje.

El regidor del musical, un avisado catalán, al apreciar lo acontecido rebusco en el atelier del teatro hasta encontrar una bacía de barbero, que colocó a modo de morrión en la cabeza de nuestro hombre; entendió con exactitud que debía cambiar el continente para que no afectara al contenido, y deste modo, nuestro operario de imprenta en paro, puedo seguir con su plantada vespertina y acabar con el compromiso.

Esta es la pequeña historia de un hombre corriente del siglo XX que su vanidad incendió el misterio de nuestras quimeras, que unos meses le permitieron vivir un sueño imposible, que llenaron de nobles ideales su rastrera existencia, que supo enmendar el error, con valores llenar de afecto la relación con sus allegados, y que felizmente se reconciliaba con el mundo, con el cielo, con el infierno, consigo mismo... Algunos cuentan que le veían en las noches claras caminar plácidamente hacia su hogar, mirando el cielo y canturrear... *creer en un sueño imposible, con fe una estrella alcanzar, sufrir un dolor insufrible, morir por un noble ideaaaal*

Joaquín García